CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

LA INCERTIDUMBRE, ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA

BOAVENTURA DE SOUSA SANTOS

Noviembre 2016

LA INCERTIDUMBRE, ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA[1]

Por Boaventura de Sousa Santos

Dice Spinoza que las dos emociones básicas de los seres humanos son el miedo y la esperanza. La incertidumbre es la vivencia de las posibilidades que surgen de las múltiples relaciones que pueden existir entre ambas. Puesto que estas relaciones son diferentes, los tipos de incertidumbre también lo son. El miedo y la esperanza no se distribuyen por igual entre todos los grupos sociales o épocas históricas. Hay grupos sociales en los que el miedo supera de tal modo a la esperanza que el suceder del mundo les pasa por delante sin que puedan hacer que el mundo suceda. Viven en espera, pero sin esperanza. Hoy están vivos, pero en tales condiciones que mañana podrían estar muertos. Hoy alimentan a sus hijos, pero no saben si mañana podrán hacerlo. La incertidumbre en la que viven es descendente, porque el mundo les pasa de formas que dependen poco de ellos. Cuando el miedo es tanto que la esperanza desaparece por completo, la incertidumbre descendente se vuelve abismal y se convierte en su opuesto: en la certeza del destino de tener que sufrir el mundo por injusto que sea.

Por otro lado, hay grupos sociales en los que la esperanza supera de tal manera al miedo que el mundo se les presenta como un campo abierto de posibilidades que pueden gestionar a voluntad. La incertidumbre en la que viven es ascendente en la medida en que tiene lugar entre opciones portadoras de resultados deseados en general, si bien no siempre totalmente positivos. Cuando la esperanza es tan excesiva que pierde la noción del miedo, la incertidumbre ascendente se vuelve abismal y se transforma en su contrario: en la certeza de la misión de apropiarse del mundo por arbitrario que sea.

La mayoría de grupos sociales aspira a vivir entre estos dos extremos, con más o menos miedo, con más o menos esperanza, pasando por períodos en que dominan las incertidumbres descendentes y otros en que dominan las incertidumbres ascendentes. Las épocas se diferencian por la preponderancia relativa del miedo y la esperanza y de las incertidumbres provocadas por las relaciones entre sí.

¿Qué tipo de época es la nuestra?

La nuestra es una época en que la pertenencia mutua del miedo y la esperanza parece colapsar la creciente polarización entre el mundo del miedo sin esperanza y el mundo de la esperanza sin miedo, es decir, un mundo en que las incertidumbres, descendentes o

[1] Traducción de Antoni Aguiló.

ascendentes, se transforman cada vez más en incertezas abismales, o sea, en destinos injustos para los pobres y sin poder y en misiones mundiales de apropiación del mundo para los ricos y poderosos. Un porcentaje cada vez mayor de la población mundial vive corriendo riesgos inminentes contra los cuales no existen seguros o, si los hay, son financieramente inaccesibles, como el riesgo de muerte en conflictos armados en que no participan activamente; el riesgo de contraer enfermedades causadas por sustancias peligrosas usadas de manera masiva, legal o ilegalmente; el riesgo de violencia causada por prejuicios raciales, sexistas, religiosos o de otro tipo; el riesgo de saqueo de sus escasos recursos, sean salarios o pensiones, en nombre de políticas de austeridad sobre las que no tienen ningún control; el riesgo de expulsión de sus tierras o sus casas por imperativos de políticas de desarrollo de las que nunca se beneficiarán; el riesgo de precariedad en el empleo y el colapso de expectativas suficientemente estabilizadas para planificar la vida personal y familiar en contra de la retórica propagandística de la autonomía y la iniciativa emprendedora.

En contrapartida, grupos sociales cada vez más minoritarios en términos demográficos acumulan un poder económico, social y político cada vez mayor, un poder casi siempre basado en el dominio del capital financiero. Esta polarización viene de lejos, pero hoy es más transparente y tal vez más virulenta. Consideremos la siguiente cita:

> "Si una persona ignorara cómo vive la gente en nuestro mundo cristiano y alguien viniese a decirle: «La vida está organizada de tal manera que la mayor parte las personas, el 99%, o casi, vive inmersa en el trabajo físico ininterrumpido, sufriendo una penosa miseria, mientras que la otra parte, el 1%, vive en la ociosidad y el lujo; y esta única centésima parte tiene su propia religión, su ciencia, su arte, ¿cómo deben ser esa religión, esa ciencia y ese arte?» Pienso que solo puede haber una respuesta: una religión, una ciencia y un arte pervertidos"

Se dirá que se trata de un fragmento extraído de los manifiestos del movimiento *Occupy* o de los movimientos de indignados de comienzos de esta década. Nada de eso. Se trata de una entrada del diario de León Tolstoi (2003: pág. 353) del 17 de marzo de 1917, poco antes de morir.

¿Cuáles son las incertidumbres?

Como he dicho, las incertidumbres no se distribuyen por igual, ni en cuanto al tipo ni en cuanto a la intensidad, entre los diferentes grupos y clases sociales que componen nuestras sociedades. Es necesario, pues, identificar los diferentes campos en que estas desigualdades tienen un mayor impacto en la vida de las personas y las comunidades.

La incertidumbre del conocimiento. Todas las personas son sujetos de conocimientos y la inmensa mayoría define y ejerce sus prácticas con referencia a otros conocimientos que no son el conocimiento científico. Sin embargo, vivimos en una época, la de la modernidad eurocéntrica, que otorga prioridad absoluta al conocimiento científico y a las prácticas directamente derivadas de él: las tecnologías. Esto significa que la distribución epistemológica y vivencial del miedo y la esperanza está definida por parámetros que tienden a beneficiar a los grupos sociales con mayor acceso al conocimiento científico y la tecnología. Para estos grupos la incertidumbre es siempre ascendente en la medida en que la creencia en el progreso científico es una esperanza lo suficientemente fuerte para neutralizar cualquier temor respecto a las limitaciones del conocimiento actual. Para estos grupos el principio de precaución es siempre algo negativo porque frena el progreso infinito de la ciencia. La injusticia cognitiva que esto produce es vivida por los grupos sociales con menos acceso al conocimiento científico como una inferioridad generadora de incertidumbre respecto a su lugar en un mundo definido y legislado a partir de conocimientos simultáneamente poderosos y extraños que los afectan de maneras diferentes y sobre las cuales tienen poco o ningún control. Se trata de conocimientos producidos sobre ellos y eventualmente contra ellos y, en cualquier caso, nunca con ellos. La incertidumbre tiene otra dimensión: la incertidumbre sobre la validez de los conocimientos propios, a veces ancestrales, a través de los que han pautado la vida. ¿Tendrán que abandonarlos y sustituirlos por otros? Estos nuevos conocimientos les son dados, vendidos, impuestos y, en cualquier caso, ¿a qué precio y bajo qué condiciones? ¿Los beneficios aportados por los nuevos conocimientos serán mayores que las pérdidas? ¿Quién cosechará los beneficios y quién las pérdidas? ¿El abandono de los conocimientos propios implicará un desperdicio de experiencia? ¿Con qué consecuencias? ¿Tendrán más o menos capacidad para representar el mundo como propio y transformarlo de acuerdo con sus aspiraciones?

La incertidumbre de la democracia. La democracia liberal fue concebida como un sistema de gobierno basado en la incertidumbre de los resultados y la certeza del proceso. La certeza del proceso garantizaba que la incertidumbre de los resultados fuese

igualmente distribuida entre todos los ciudadanos y permitía que los diferentes intereses vigentes en la sociedad se confrontasen en pie de igualdad y aceptasen como justos los resultados derivados de la confrontación. Este era el principio básico de la convivencia democrática. Tal era la teoría pero en la práctica las cosas siempre fueron muy diferentes, y hoy la discrepancia entre la teoría y la práctica alcanza proporciones perturbadoras.

En primer lugar, durante mucho tiempo solo una pequeña parte de la población podía votar. Por eso, por más certeros y correctos que fueran los procesos, nunca podrían ser movilizados para tener en cuenta los intereses de las mayorías. Solo en casos muy raros la incertidumbre de los resultados podría beneficiar a las mayorías: en los casos en que los resultados fuesen el efecto colateral de las rivalidades entre las élites políticas y los diferentes intereses de las clases dominantes que representaban. No resulta extraño, por tanto, que durante mucho tiempo las mayorías hayan percibido la democracia como el mundo al revés: un sistema de procesos inciertos cuyos resultados eran certeros, siempre al servicio de los intereses de las clases y grupos dominantes. Por ello, durante mucho tiempo las mayorías estuvieron divididas: entre los grupos que querían hacer valer sus intereses por otros medios que no fueran los de la democracia liberal (por ejemplo, la revolución), y los grupos que luchaban para ser incluidos formalmente en el sistema democrático y albergar así la esperanza de que la incertidumbre de los resultados favoreciera sus intereses en el futuro. Desde entonces, las clases y grupos dominantes (es decir, con poder social y económico no sufragado democráticamente) comenzaron a usar otra estrategia para poner el funcionamiento de la democracia a su favor. Por un lado, lucharon para eliminar cualquier alternativa al sistema democrático liberal, lo que consiguieron simbólicamente en 1989 con la caída del Muro de Berlín.

Por otro, pasaron a usar la certeza de los procesos para manipularlos de manera que los resultados les fueran sistemáticamente favorables. Sin embargo, al eliminar la incertidumbre de los resultados, acabaronpor destruir la certeza de los procesos. Al poder ser manipulados por quienes disponían de poder social y económico para hacerlo, los procesos democráticos, supuestamente certeros, se volvieron inciertos. Peor aún, quedaron sometidos a una única certeza: la posibilidad de ser manipulados libremente por quien tuviese poder para ello.

Por estas razones, la incertidumbre de las grandes mayorías es descendente y corre el riesgo de volverse abismal. Habiendo perdido la capacidad e incluso la memoria de

una alternativa a la democracia liberal, ¿qué esperanza pueden tener en el sistema democrático liberal? ¿Acaso el miedo es tan fuerte que solo les queda la resignación ante al destino? O, por el contrario, ¿la democracia alberga un germen de autenticidad que pueda utilizarse contra quienes la transformaron en una farsa cruel?

La incertidumbre de la naturaleza. Sobre todo a partir de la expansión europea de finales del siglo XV, la naturaleza pasó a ser considerada por los europeos un recurso natural carente de valor intrínseco y, por consiguiente, disponible sin límites ni condiciones para ser explotado por los humanos. Este concepción, que era nueva en Europa y no tenía vigencia en ninguna otra cultura del mundo, se volvió gradualmente dominante en la medida que el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado (este último reconfigurado por los anteriores) se fueron imponiendo en todo el mundo considerado moderno. Este dominio fue tan profundo que se convirtió en la base de todas las certezas de la época moderna y contemporánea: el progreso. Siempreque la naturaleza parecía ofrecer resistencia a la explotación, este dominio fue, en el mejor de los casos, visto como una incertidumbre ascendente en la que la esperanza superaba al miedo. Fue así como el gigante Adamastor de Luis de Camões fue valerosamente vencido y la victoria sobre él tomó el nombre de cabo de Buena Esperanza.

Hubo pueblos que nunca aceptaron esta concepción de la naturaleza porque aceptarla equivaldría al suicidio. Los pueblos indígenas, por ejemplo, vivían en tan íntima relación con la naturaleza que ésta ni siquiera les era exterior; era, por el contrario, la Madre Tierra, un ser vivo que los englobaba a ellos y a todos los seres vivos presentes, pasados y futuros. Por eso la tierra no les pertenecía; ellos pertenecían a la tierra. Esta concepción era mucho más verosímil que la eurocéntrica y mucho más peligrosamente hostil y amenazadora para los intereses colonialistas de los europeos que la forma más eficaz de combatirla era acabar conlos pueblos que la defendían, transformándolos en un obstáculo natural, entre otros, para la explotación de la naturaleza. La certeza de esta misión era tal que las tierras de los pueblos indígenas eran consideradas tierra de nadie, libre y desocupada, a pesar de que en ellas vivía gente de carne y hueso desde tiempos inmemoriales.

Esta concepción de la naturaleza fue inscrita de tal modo en el proyecto capitalista, colonialista y patriarcal moderno que naturalizar se convirtió en la forma más eficaz de atribuir un carácter incuestionable a la certeza. Si algo es natural, es así porque no puede ser de otra manera, ya sea consecuencia de la pereza y la lascivia de las poblaciones que viven entre los trópicos, de la incapacidad de las mujeres para determinadas funciones o

de la existencia de razas y de la inferioridad «natural»de las poblaciones de color más oscuro.

Estas certezas consideradas «naturales» nunca fueron absolutas, aunque siempre encontraron medios eficaces para hacer creer que lo eran. Sin embargo, en los últimos cien años comenzaron a revelar zonas de incertidumbre y, en tiempos más recientes, las incertidumbres se volvieron más creíbles que las certezas, abriendo camino a nuevas certezas de sentido opuesto. Muchos factores contribuyeron a ello. Selecciono dos de los más importantes. Por un lado, los grupos sociales declarados naturalmente inferiores nunca se dejaron vencer por completo y más recientemente lograron hacer oír su plena humanidad de modo suficientemente alto y eficaz,hasta el punto de transformarla en un conjunto de reivindicaciones que entraron en la agenda social, política y cultural. Todo lo natural se desvaneció en el aire, lo que generó nuevas y sorprendentes incertidumbres a los grupos sociales considerados naturalmente superiores, sobre todo la incertidumbre de no saber cómo mantener sus privilegios ahora que son contestados por sus víctimas. De aquí nace una de las incertidumbres más tenaces de nuestro tiempo: ¿se puede reconocer al mismo tiempo el derecho a la igualdad y el derecho a la diferencia? ¿Por qué sigue siendo tan difícil aceptar este metaderecho que parece fundar todos los demás: tenemos el derecho a ser iguales cuando la diferencia nos inferioriza, tenemos el derecho a ser diferentes cuando la igualdad nos descaracteriza?

El segundo factor es la creciente rebelión de la naturaleza ante tan intensa y prolongada agresión en forma de alteraciones climáticas que ponen en riesgo la supervivencia de los humanos en el planeta. Algunos grupos humanos ya han sido afectados de manera definitiva, bien por ver sus hábitats sumergidos por la crecida de las aguas del mar, bien por ser obligados a abandonar sus tierras irreversiblemente desertificadas. La Madre Tierra parece estar levantando la voz sobre las ruinas de la que era su casa para que pueda ser de todos, un hogar que los humanos modernos destruyeron impulsados por la codicia, la voracidad, la irresponsabilidad, y, en el fondo, por la ingratitud sin límites. ¿Podrán los humanos aprender a compartir lo que queda de la casa que juzgan ser solo suya y en la que realidad habitan por generosa cesión de la Madre Tierra? ¿O preferirán el exilio dorado de las fortalezas neofeudales mientras las mayorías cercan sus muros y les quitan el sueño, por legiones de perros, arsenales de cámaras de vídeo, kilómetros de alambre de púas y vidrio a prueba de balas que los protejan de la realidad pero nunca de los fantasmas de la realidad? Son incertidumbres de nuestro tiempo cada vez más abismales.

La incertidumbre de la dignidad. Todo ser humano (y, acaso, todo ser vivo) aspira a ser tratado con dignidad, entendiendo por ella el reconocimiento de su valor intrínseco, independientemente del valor que otros le atribuyen en función de fines instrumentales que le son ajenos. La aspiración a la dignidad existe en todas las culturas y se expresa en idiomas y narrativas muy diferentes, tanto que a veces son incomprensibles para quien no comparte la cultura de la que emerge. En las últimas décadas los derechos humanos se han convertido en un lenguaje y una narrativa hegemónica para referirse a la dignidad de los seres humanos. Todos los Estados y organizaciones internacionales proclaman la exigencia de los derechos humanos y se proponen defenderlos. Sin embargo, como la Alicia de Lewis Carroll en *A través del espejo*, atravesando el espejo que esta narrativa consensual propone, o mirando el mundo con los ojos de Blimunda de la novela de José Saramago, *Memorial del convento*, que veían en la oscuridad, nos encontramos con algunas comprobaciones inquietantes: la gran mayoría de seres humanos no son sujetos de derechos humanos, sino objetos de los discursos estatales y no estatales de derechos humanos; hay mucho sufrimiento humano injusto que no se considera una violación de derechos humanos; la defensa de los derechos humanos a menudo ha sido invocada para invadir países, saquear sus riquezas, extender la muerte entre víctimas inocentes; en el pasado, muchas luchas de liberación contra la opresión y el colonialismo se llevaron a cabo en nombre de otros lenguajes y narrativas de emancipación sin hacer referencia a los derechos humanos. Puestas ante el espejo de las incertidumbres que acabo de mencionar, estas inquietantes comprobaciones dan lugar a una nueva incertidumbre, también fundadora de nuestro tiempo. ¿La primacía del lenguaje de los derechos humanos es el producto de una victoria histórica o de una derrota histórica? ¿La invocación de los derechos humanos es una herramienta eficaz en la lucha contra la indignidad a la que están sujetos tantos grupos sociales o se trata más bien de un obstáculo que desradicaliza y trivializa la opresión en que se traduce la indignidad y suaviza la mala conciencia de los opresores?

Son tantas las incertidumbres de nuestro tiempo, y asumen un carácter descendente para tanta gente, que el miedo parece triunfar sobre la esperanza. ¿Debe llevarnos esta situación al pesimismo de Albert Camus, que en 1951 escribía con amargura: «Desde hace veinte siglos no ha disminuido en el mundo la suma total del mal. Ninguna parusía, ni divina ni revolucionaria, se ha cumplido» (1978: pág. 281)? Pienso que no. Debe llevarnos a pensar que, en las condiciones actuales, la rebelión y la lucha contra la injusticia que produce, difunde y profundiza la incertidumbre descendente, sobre todo la

incertidumbre abismal, tienen que llevarse a cabo con una mezcla compleja de mucho miedo y mucha esperanza contra el destino autoinfligido de los oprimidos y la misión arbitraria de los opresores. La lucha tendrá más éxito y la rebelión ganará más adeptos en la medida que más y más personas se vayan dando cuenta de que el destino sin esperanza de las mayorías sin poder es causado por la esperanza sin miedo de las minorías con poder.

Referencias bibliográficas.

— CAMUS, A. (1978), *El hombre rebelde*, Buenos Aires, Losada.

— TOLSTOI, L. (2003), *Diarios (1895-1910)*, México, D. F., Ediciones Era.